

## COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

### n° 136 ¿Qué quiere decir la Iglesia cuando confiesa: “Creo en el Espíritu Santo”?

**Monseñor José Ignacio Munilla**

(Transcripción aproximada del audio)

Número 136 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

*¿Qué quiere decir la Iglesia cuando confiesa: “Creo en el Espíritu Santo”? (683-686)*

*Creer en el Espíritu Santo es profesar la fe en la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo y “que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”. El Espíritu Santo “ha sido enviado a nuestros corazones” (Ga 4, 6), a fin de que recibamos la nueva vida de hijos de Dios.*

¿Qué es lo que estamos diciendo cuando decimos “Creo en el Espíritu Santo”? Estamos profesando la fe en la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aquí se da una paradoja. Las tres personas divinas, cuando actúan hacia fuera siempre actúan al unísono. No pensemos que el Padre actúa en nosotros desconectado del Hijo, del Espíritu Santo. Pero es verdad que aunque actúan conjuntamente, actúan cada una según su identidad específica; y la paradoja es la siguiente: que el primero en actuar es el Espíritu Santo, aunque sea el último en ser percibido.

Hay un texto de un Padre de la Iglesia, San Gregorio Nacianceno, que dice: *“El Antiguo Testamento proclamaba muy claramente al Padre y más oscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento revela al Hijo y hace entrever la divinidad del Espíritu. Ahora, el Espíritu tiene derecho de ciudadanía entre nosotros y nos da una visión más clara de sí mismo. En efecto, no era prudente, no era posible, cuando todavía no se confesaba la divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo, o cuando la del Hijo no era aún admitida, añadir la del Espíritu Santo. Así, por avances y progresos de gloria en gloria, es como la luz de la Trinidad estalla en resplandores cada vez más espléndidos”.*

Este texto de San Gregorio Nacianceno viene a decir que en el Antiguo Testamento, principalmente se revela el Padre; el Padre no puede actuar sin el Hijo y el Espíritu Santo, pero el que aparece más ante nuestros ojos, es el Padre; se entrevé al Hijo pero no se revela claramente; llega Jesucristo y entonces, claramente se revela el Hijo y se entrevé también al Espíritu Santo, porque Jesús lo prometió: *“Cuando yo me vaya, os enviaré el Espíritu Santo”* y después de Pentecostés ya es el momento del Espíritu. Entonces hay como etapas en esa revelación: del Padre, en el Antiguo Testamento; del Hijo, en el momento en que Jesús viene a nosotros; y del Espíritu Santo, posteriormente a Pentecostés.

Aquí, lo que es interesante subrayar es que, el Espíritu Santo actuó desde el principio, no pensemos que como no le hemos conocido de una manera más personal y directa hasta la

plenitud de la revelación, no estaba desde el principio actuando. En 1 Corintios 12, 3 dice: *“Nadie puede decir, Jesús es Señor, sino es por el don del Espíritu Santo”*; es decir, que si se pudo reconocer a Jesús como el Salvador, por ejemplo, si el anciano Simeón tomó al niño Jesús en brazos y lo proclamó como el esperado de las naciones, es porque el Espíritu Santo le estaba permitiendo reconocer a Jesús. *“Nadie puede decir, Jesús es Señor, sino es por el don del Espíritu Santo”*, incluso, aunque todavía no hayas conocido al Espíritu Santo. El Espíritu Santo está actuando en ti, antes de que los hayas conocido; esto es hermoso, así de humilde es el proceder de Dios, porque la gloria del hombre ya sabemos cómo es, antes de hacer una obra la pre-anunciamos, hacemos publicidad de lo que pensamos decir.

Dios actúa de una manera sigilosa, obra el bien aunque todavía no le conozcamos; nos da su gracia para obrar el bien, sin que nos demos cuenta de que hemos hecho las cosas por la gracia de Dios. Así es el Espíritu, que desde el principio nos ha permitido conocer al Padre, nos ha permitido conocer al Hijo. Dice Gálatas 4, 6: “El Espíritu Santo ha sido enviado a nuestros corazones para que recibamos la vida de hijos de Dios. Es decir, nuestra inserción con Cristo, nuestra vida en Cristo, nuestro ser seguidores de Jesucristo ha sido un don del Espíritu Santo. Cuando vemos, por ejemplo, en los Evangelios que los discípulos escuchaban la llamada de Jesús: *“Dejad las redes, y seguidme”*, y dejaron las redes y lo siguieron. O por ejemplo, Mateo se levantó de la mesa de recaudador de impuestos y siguió a Jesús; lo que no se ve, es que es el Espíritu Santo el que actúa para que esos Apóstoles oigan la voz de Cristo y dejándolo todo, le sigan. Más tarde eso se irá descubriendo, cuando Jesús dice en el Evangelio de San Juan: *“Nadie viene a mí, si mi Padre no lo atrae”*, y si no recibe el don del Espíritu para mover su vida.

El Espíritu Santo, por lo tanto, está actuando allí donde el Padre revela su paternidad; el Espíritu Santo está actuando allí donde Jesús dirige su palabra, para que la palabra de Cristo sea acogida y para mover nuestra vida. Por lo tanto, repito esta expresión que me parece muy interesante: el Espíritu Santo actúa junto con el Padre y el Hijo, sí, pero él es el primero en actuar y el último en ser reconocido, por eso alguien le llamó el gran desconocido. Sin embargo, es el gran presente, el gran actuante, el que lo mueve todo sin ser conocido, en su humildad pasa desapercibido y estamos llamados en el don de la vida espiritual a ir teniendo cada vez más intimidad con el Espíritu Santo, a reconocer toda esa obra de la creación, como por ejemplo, está presente el Espíritu Santo en: este momento, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la vida eterna que nos será ofrecida, en la resurrección final que esperamos. Sí, el Espíritu Santo es el que lleva a cabo esa resurrección. Estamos llamados a descubrir al Espíritu Santo actuando en toda la historia de la salvación.